

PALABRAS PRONUNCIADAS EN ADROGUÉ POR EL PRESIDENTE DEL INSTITUTO NACIONAL BROWNIANO, COMODORO DE MARINA DOCTOR MIGUEL ÁNGEL DE MARCO, CON MOTIVO DE CUMPLIRSE EL 242º ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO.

Evocamos hoy al almirante Guillermo Brown con motivo de cumplirse 242 años de su nacimiento. “Era [dijo el entonces ministro de Guerra y Marina Carlos Pellegrini al inaugurarse su estatua en Adrogué] uno de esos organismos especiales nacidos para la lucha y el combate, cuyo elemento vital era el mar con sus huracanes soberbios o sus calmas majestuosas”. Y agregaba el después ilustre presidente argentino: “Cuando pisaba la cubierta de su barco, si sentía la borrasca azotar su frente, o si ordenaba el zafarrancho de combate, cuando la primera llamarada de sus cañones anunciaba en su estampido que había sonado la hora del peligro, entonces su noble figura se erguía y envuelto en nubes de humo sus ojos pequeños brillaban con la mirada del águila que desde su trono de victoria adivina la presa y se lanza, veloz como el rayo, a asentarle su poderosa garra. Tenía entonces todas las inspiraciones de la victoria, todos los arrojos del valor audaz, toda la sagacidad del marino fortalecido en la lucha con los elementos”.

Sirva esa fiel imagen del héroe retratado en su elemento; en las unas veces mansas y otras embravecidas aguas del río de la Plata; en los terribles temporales del Cabo de Hornos; en medio de las turbonadas que deparan los dos grandes océanos donde desarrolló su epopeya naval, para iniciar esta breve evocación de sus hazañas militares, pero también de su aporte a la construcción del país en épocas difíciles y bravías y de su legado para los argentinos de hoy.

Brown había nacido en Foxford el 22 de junio de 1777 unos meses antes que San Martín, el hombre que lamentó no haber podido tratarlo en profundidad pero que asoció su nombre con la proeza del cruce de los Andes y el cumplimiento del plan continental. Contempló en la niñez, en la propia Pennsylvania a la que había llegado con su padre, los ingentes esfuerzos para afianzar la revolución de los Estados Unidos, y muerto éste se hizo marino. El grumete cedió paso al experimentado hombre de mar y se convirtió en un joven capitán. En tiempos en que cada potencia europea contaba con grandes buques y reconocidos comandantes, fue dos veces prisionero: primero de los ingleses y luego de sus enemigos, los republicanos franceses.

Como saben los aquí presentes, poco se conoce de la vida de Brown en los primeros años del siglo XIX. Pero sí se ha registrado su paso por Londres, donde conoció a Elizabeth Chitty, con la que decidió iniciar su aventura americana. El Río de la Plata era un destino codiciado por los británicos que acababan de sufrir dos grandes derrotas infligidas por el pueblo de Buenos Aires pero que buscaban mantener una actividad mercantil no del todo permitida aún. A bordo de su propia nave, la fragata *Jane*, llegó a Buenos Aires pocos meses antes de la Revolución de Mayo que abrió una nueva senda a los comerciantes extranjeros.

Mientras intentaba consolidar sus lazos en el pequeño mundo del embarcadero llamado ostentadamente puerto, observaba como los gobiernos patrios no atinaban a contrarrestar la fuerza del Apostadero Naval de Montevideo, que al permanecer en manos realistas constituía una de las trabas más severas para el afianzamiento de la causa de la libertad.

Hasta que fue elegido de una terna de capitanes para comandar una escuadra a la que debía dar vida. Aquel teniente coronel irlandés trabajaba con entusiasmo incansable para convertir en buques de guerra a las modestas y generalmente anticuadas naves de tráfico fluvial que había podido comprar un gobierno acuciado por los gastos de una guerra librada en varios frentes.

Se lo veía en el puerto de Buenos Aires, dando órdenes en inglés (recién varios años más tarde pudo expresarse en un castellano pintoresco, mechado de vocablos sajones), y se dudaba del éxito que pudiera obtener frente a la temible flota realista. Cautivaba, al decir de Vicente Fidel López, por “su porte tranquilo y amable. Su semblante sonriente y abierto, sus formas, sus palabras, sus hábitos, eran de una modestia y de una mansedumbre ejemplar”.

El regreso a Buenos Aires, tras haber despejado el peligro en los ríos argentinos luego del combate naval de Montevideo, estuvo signado por la gratitud y el entusiasmo de la población que honró a los veteranos y a los noveles marinos.

Terminada la campaña y malvendida la escuadra en un acto de imprevisión pocas veces más gravoso para la causa de la independencia, Brown emprendió una campaña corsaria con la fragata *Hércules*, que le donó el gobierno; el bergantín *Trinidad* (al mando Miguel Brown), el bergantín *Halcón* (a las órdenes de Hipólito Bouchard) y la goleta *Constitución* (comandada por Oliverio Rusell y armada por el patriota chileno Julián Uribe, que naufragó a poco de partir). El crucero llegó a la zona glacial antártica (se estima que pudo avistar sus costas septentrionales). Luego de la penosa travesía del Cabo de Hornos marchó hacia el

oeste ingresando en el Océano Pacífico. Recorrió las costas de Chile, Perú y Ecuador, entre 1815 y mediados de 1816. En Guayaquil fue hecho prisionero, luego de intenso batallar, y lo rescataron sus camaradas de luchas y aventuras en un episodio memorable.

Producida la separación de Bouchard, intentó regresar a Buenos Aires, pero al enterarse de que pesaba sobre él una orden de arresto por haber zarpado en la campaña anterior sin orden del gobierno, volvió a hacerse a la mar y fue apresado por los ingleses, que le arrebataron todas sus presas.

Años más tarde, durante la guerra contra el Imperio del Brasil (1825-1827) el prestigio del almirante llegó a su cenit. Enfrentaba con unos pocos barcos a la escuadra más grande de Sudamérica, y eso llenaba de orgullo a los argentinos, especialmente a los hijos de la gran aldea platense, obligados testigos de las acciones navales. Recuérdense su consigna en el cañoneo de Los Pozos: “¡Fuego rasante que el pueblo nos contempla!”, y la orden transmitida a su escuadra en Quilmes: “¡Es preferible irse a pique que rendir el pabellón”.

A lo largo de su retiro del servicio y durante su gestión como gobernador delegado de Lavalle (1828) en la que mostró rectitud y clemencia; en el período en que se desempeñó como jefe de la escuadra de Rosas, continuó gozando del respeto de argentinos y extranjeros, afecto que se manifestó hasta su muerte, el 3 de marzo de 1857.

Brown es no sólo el padre de la Armada Argentina, el máximo ejemplo de los que hemos tenido o tienen la honra de vestir el uniforme del botón de ancla, sino que constituye un modelo de entrega y servicio a la patria y a las instituciones que merece ser imitado por todos los argentinos. En su tiempo, signado por las luchas y los desencuentros, lo amaron y respetaron por igual quienes se hallaban enfrentados, no sólo por su coraje sino por la dignidad con que sobrellevó su vida pública, signada, como la de San Martín, por el anhelo de unión y concordia.

Sin embargo hoy parece casi ausente de la memoria colectiva. Ojalá la vida y obra de quien fue llamado Padre de la Patria en el Mar vuelva a ser evocada con veneración, como cuando éramos niños, en cada escuela a lo largo y a lo ancho de nuestra tierra. No por conocida es menos aleccionadora la sentencia del presidente Nicolás Avellaneda cuando invitó al pueblo a sumarse a los esfuerzos para que los restos de San Martín volviesen a la Argentina: “Los pueblos que olvidan sus tradiciones, pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre sus tumbas gloriosas, son los que mejor preparan el porvenir”.